

**Homilía Presbítero Rodrigo Domínguez**  
**Misa de Exequias Profesor Jaime Reyes Medina**  
**Liceo Sara Blinder, jueves 10 mayo 2018**

Un saludo para la familia de Jaime y para todos quienes trabajamos con él. Y también un saludo de nuestro Arzobispo, que ha mandado una carta que ahora voy a leer, antes de hacer una breve reflexión

**(Lectura del saludo de Cardenal Ezzati)**

Escuchamos en el Evangelio de San Juan, el relato también doloroso en un momento de la vida del Señor Jesús. Cada vez que Jesús quiere descansar en su misión, Él se dirige a la casa de una familia muy querida, una familia que está compuesta por tres hermanos: Lázaro, Marta y María. Ellos viven en Betania, una aldea muy pequeña, muy cerca de Jerusalén. De Lázaro los evangelios nos hablan solamente en San Juan, en el momento de su resurrección y, un poco más adelante, lo nombran en la ocasión de celebrar la resurrección de Lázaro. Y de Marta y de María, nos cuentan algo más. Marta es la mujer de la acción, Marta es la que se preocupa de prepararle a Jesús un lugar donde Él pueda descansar, de prepararle una rica comida, de atenderlo. María, en cambio, es la mujer de oración, es la que está a los pies del Señor Jesús, escuchándolo, aprendiendo de Él, orando con el Señor. Estas dos hermanas le han mandado a avisar a Jesús que Lázaro está muy enfermo, gravemente enfermo. Y Jesús, que debe estar en algún lugar alrededor de Jerusalén anunciando el Reino de Dios, se demora en llegar, y cuando llega a Betania, ocurre lo que hemos escuchado en el Evangelio: Lázaro ya ha muerto. Y se acerca María, recordemos, la mujer de oración, la mujer que está junto a Jesús, a los pies de Él, y como es su costumbre, se pone de rodillas, frente al Señor, y le dice: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. No es un reproche de María hacia Jesús, sino más bien es la manifestación de la confianza, de la fe que ella tiene en el Señor. Hoy podríamos decir, al igual que María, “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto Jaime”; “Señor, si las chiquillas no hubiesen ido a la playa; Señor, si nos hubiésemos demorado un poco más; Señor, si hubiésemos hecho tal cosa o sencillamente tal otra, Jaime no habría muerto”. Pero Jesús no le responde a María nada, como Él tampoco a nosotros, Él sabe lo que va a hacer, Dios sabe qué es lo quiere para cada uno de nosotros, y Dios sabe lo que quiere para Jaime. Volviendo al Evangelio, Jesús pide que lo lleven al lugar donde han puesto a Lázaro, y en aquel momento, en aquellos tiempos se acostumbraba poner al difunto en unas construcciones de piedra, porque era un lugar más fresco, donde se podía conservar más tiempo el cuerpo del difunto.

Porque, fíjense, era la creencia de las culturas de aquellos alrededores, no solo del Pueblo de Dios, que el alma permanecía en el cuerpo hasta tres días después de haber fallecido, y entonces, para conservarlo más lo unguían con unos aceites y perfumes, lo envolvían con vendas y lo ponían en estas especies de cuevas preparadas en la piedra. Y esto han hecho con Lázaro. Lo llevan al lugar donde han puesto a Lázaro, y Jesús les pide que corran la piedra que hace de puerta, y aquí viene la actitud de la otra hermana, de Marta, la mujer práctica, que se preocupa de que las cosas salgan bien, que no vaya a ocurrir nada malo. “Señor, ¿para qué? Ya debe oler mal, lleva cuatro días, ¡no tres, cuatro días! Es decir, ¡ni siquiera hay una razón de fe para hacer lo que tú pides!” No es que Marta desconfíe del Señor, Marta cree también en el Señor y confía en el Señor, pero es una mujer práctica y no quiere que ocurra nada malo. Y Jesús le dice, le recuerda, “Marta, ¿no te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” Esa misma pregunta hoy el Señor nos hace a nosotros. “Teresa, Cecilia, Ximena, Juan, Pedro, Jaime, Teresa... ¿no te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Es cierto, mis queridos hermanos, que Jaime no creía en lo que nosotros creemos, pero sí creía en un Dios superior. ¡Es cierto que él no profesaba nuestra fe, como nosotros la profesamos! Pero sí tenía respeto y creía en algo superior; él lo manifestaba a través del amor en su profesión. ¡Jaime amaba ser educador, y estaba convencido que a través de su profesión podía hacer que otros también amaran y fueran felices! Él se preocupaba, y ustedes chiquillas, que fueron estudiantes de él saben muy bien, les entrega lo mejor, para que ustedes fueran mejores, para que ustedes fueran más felices, y así él manifestó en su vida, el amor que sentía a través de su profesión, a través de su trabajo. Ese amor, que solo proviene de Dios, a quien Jaime no había descubierto, ¡no importa!, pero lo vivía y lo hizo carne hasta el último segundo de su vida, porque como nos recordaba el Cardenal en la carta que nos envió, y como lo escribieron en ese letrero que veo al frente, “No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos”. Y Jaime las amaba, y amaba a sus colegas, y amaba lo que hacía, y así lo mostró, y así lo manifestó. Y entonces nosotros, en la fe del Señor Jesús resucitado, confiamos que el Señor tendrá en cuenta todo el amor que él entregó. Y no solo a ustedes sus estudiantes o a ustedes los colegas: el amor que entregó a su familia, el amor que entregó a su hijo, el amor que entregó a sus padres, a su hermano, a tantos compañeros también del juego de la pelota. A muchos él manifestó su fe a través del amor que él sentía. Y así, como escuchamos en el Evangelio, que Jesús invita a Lázaro a levantarse, hoy estamos seguros, por la fe, que el Señor va a decir “Jaime, ¡ven fuera, ven y resucita a la vida!, donde esa felicidad que tanto anhelas para ti, para tu familia, para tus estudiantes, hoy te la regalo plenamente a ti, hoy te la quiero entregar”. Y cierto estoy que hoy día Jaime abre los ojos frente a Dios y queda maravillado de Él, y porque el Señor Jesús nos lo ha prometido, hoy se lo concede también a Jaime. ¡Esa es nuestra fe, esa es nuestra esperanza!, y es el mejor regalo que Dios nos ha dado: confiar y creer en Él, y confiamos que hoy día Jaime resucita a la vida eterna, donde el amor y la

felicidad se les dan en plenitud. A este Señor Jesús que nos invita a creer en Él, a confiar en Él, y que hoy acoge a Jaime junto a Él, le damos el honor, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.